

EL SIN NOMBRE

Pedro Jiménez Sánchez

Image not found.

Capítulo 1

Él no tenía nombre. Eso era así porque fue doblemente póstumo ya que, tanto su padre como su madre, murieron antes de que él naciera. Así, lógicamente, no pudo saber cuáles eran sus apellidos, pues no apareció abuelo, ni tío, hermano, primo o butanero que le diese la más mínima explicación. En sabiéndose sin apellidos, decidió que lo más coherente era no ponerse un nombre a sí mismo, pues no quiso agraviar la memoria de sus padres, usurpándole una decisión de ese calibre.

Habíamos pensado llamarlo "nada", pero al final decidimos no llamarlo nada. Es decir, no lo llamamos en absoluto.

Sus primeros años fueron especialmente difíciles pues, en el colegio, cuando la maestra pasaba lista, al llegar a él se callaba y lo miraba fijamente; entonces él levantaba la mano y decía "soy yo" aunque, a fuer de ser sinceros, debemos reconocer que había ocasiones en que se sentía más optimista y respondía: "presente". Y se comía un calamar.

También fue altamente ardua la tarea de hacerse amigos pues se hacía muy complicada la comunicación. Sus aspirantes a amigos, para llamar su atención, se le quedaban mirando y hacían algunas muecas, o bien le tocaban en la oreja como una suerte de vocativo. Los hubo más valientes y decididos, que bailaban una jota aragonesa para llamarlo, aunque nunca supieron a ciencia cierta por qué lo hacían.

No debemos obviar el capítulo de las llamadas telefónicas. Sus conocidos tenían un espacio en blanco en sus agendas, en el lugar correspondiente a su nombre (con un número), lo marcaban y, en las primeras épocas, cuando descolgaba el teléfono, ellos se quedaban callados y, si acaso, alguno preguntaba "qué pasa", pero con zeta ("¿qué paza?"), y se quedaba repitiendo varios minutos la pregunta, como Agustín, el de Estepona. Respondía "qué paza", y así transcurría la conversación.

Debemos mencionar tres momentos especialmente duros de su vida:

Uno fue cuando, al cumplir los catorce años, un mendigo de la calle, que tarareaba jazz para que le diesen dinero o un bonobús, le informó de que debía sacarse el carnet de identidad. Le costó mucho trabajo convencer al funcionario de la policía de que tramitase la expedición del documento, dejando vacío el espacio correspondiente al nombre. Un abogado le explicó que no era ilegal tener su propia firma (aunque no tuviese nombre) pero no se quedó tranquilo del todo y, en lugar de poner sus huellas digitales, escupió y estampó el esputo como rúbrica. Esto también le trajo inconvenientes en el futuro, pues cada vez que tenía que

firmar un documento importante, escupía en el papel y no todo el mundo se lo tomaba bien.

El segundo fue cuando se enamoró. Conoció una chica que le gustaba sobremanera (a pesar de que comía arroz casi todos los martes) y cuando ésta, por fin, se dignó hablarle, le preguntó que cómo se llamaba. Él, como si estuviese ya acostumbrado, le respondió:

- No tengo nombre alguno.

Pero fue casi peor porque ella (que, por cierto, se llamaba Ella) empezó a llamarlo "No tengo nombre alguno", lo cual le incomodaba mucho. De hecho, le rogó que no usara su ausencia de nombre para ponerle un nombre, a lo que ella respondió:

- Pero, ¿puedo, al menos, llamarte "No tengo nombre" o "No tengo?"
- No- le dijo.
- No puedo llamarte?
- No- insistió.
- Creo que no me has entendido -continuó Ella- . Lo intentaré cambiando el orden de la pregunta: ¿Puedo llamarte "No"? Lo digo por abreviar.
- No.

Y así continuaron un largo rato, confundidos por lo extraordinariamente ambigua que es la zona limítrofe entre el discurso lingüístico y el metalingüístico. Al final, Ella resolvió no llamarlo, con lo que, cada vez que lo llamaba, no lo llamaba de ninguna manera. Además, le advirtió que podría llegar a hacer el amor con él (incluso todos los días) pero que le resultaría francamente difícil enamorarse de un hombre que no tenía nombre. Él le dijo que, si ya existía un cuento que se llamaba "Juan sin miedo", por qué no podía ser él "Yo sin nombre"? Ante tal astucia, ella quedó totalmente sorprendida, asombrada, convencida y enamorada, y además ocurrió en este orden para que rime.

El tercer momento difícil de su vida fue cuando se compró un piso: entre que se negó a darle un nombre al notario y que escupió sobre la escritura de propiedad, a punto estuvo de quedarse sin piso. Al final, consiguió convencer al notario, al enseñarle el peine que usaba a diario. Cuando llegó a casa, Ella (que, finalmente, se había casado con), le preguntó:

- ¿Por qué no le enseñaste tu DNI al notario?

Y respondió:

- Porque no teníamos confianza para eso.

Su existencia fue transcurriendo con la felicidad mínima necesaria como para que mereciera la pena pagar impuestos al final del ejercicio. Hacían

el amor todos los días (incluso, algunas veces, todas las horas) y fruto de este empeñamiento nació un hijo, al que pusieron por nombre, como su padre.

Y, como se suele decir, los niños vienen con un guiso de patatas bajo el brazo: justo el mismo día en que nació, le ofrecieron un ascenso a en el trabajo. Que, por cierto, acabo de acordarme que había olvidado narrar en qué trabajaba. Pues era reponedor de hojas de árboles. Cuando, en el otoño, las hojas de los árboles caen al suelo, hay ayuntamientos que pagan a empresas públicas para que limpien las calles. Pues un millonario excéntrico, al que parecían muy románticas las calles llenas de hojas del otoño (porque le recordaban la primera vez que hizo pimientos asados), creó una empresa privada para esparcir, por todas las carreteras, hojas de árboles. Sus trabajadores debían arrancarlas de los mismos y tirarlas al suelo para que pareciera que habían caído solas, y que era todo muy natural.

Pues fue contratado en esa empresa. Y cuando nació su hijo, el millonario caprichoso lo ascendió a gerente de zona: debía ocuparse de la arboleda otoñal de Andalucía Oriental, de Valladolid, de Gerona y de la parte más oriental del Cáucaso.

Empezó a ganar más y más dinero y una buena noche, mientras repasaba las cuentas de la economía familiar, no pudo soportar más la excitación y, preso de un ataque de optimismo, despertó a Ella (o sea, la despertó) y le dijo:

- Puedes besarme: a partir de ahora, todas las noches podremos cenar palometa con queso.

Ella se alegró, a pesar de que al día siguiente tenía cita para la peluquería y, ni corta ni perezosa, le hizo el amor sin profilaxis (para darle un hermanito a) y, acto seguido, se fue al sofá a leer a Hegel.

Al poco tiempo de nacer su hija (a la que, para distinguir de su hermano, sí le pusieron un nombre, Segunda), el jefe millonario llamó a y le dijo que algún día le ofrecería una importante participación en el capital de la corporación, al tiempo que le informó:

- Algún día, no muy lejano, podrás dejar de reponer hojas y dedicarte a disfrutar de la vida, recibiendo sin más los beneficios de la empresa.

Le dio las gracias de todo corazón y se fue inmediatamente al aeropuerto, a recoger a cualquiera.

Esto te ocurrirá el día menos pensado- le dijo el jefe, justo antes de que

saliera.

Y lo llamó al día siguiente para ofrecerle una enorme participación en el capital de la empresa. Era el día menos pensado.

Llegó a casa absolutamente exultante de gozo y Ella le estaba esperando en la puerta, con los brazos en jarras y los rulos en el pelo (aunque además se había puesto uno en una oreja) y le dijo, como si él tuviera la culpa:

- Te ha llamado por teléfono Teresa, la de Madrid, para hablar de la crisis económica.
- ¡Vaya por Dios! respondió, lacónicamente, al tiempo que cogía y le hacía el amor a Ella.

Decidió que su hijo mayor no hiciese la primera comunión y, por tanto, celebraron la primera no comunión. Fue muy bonito y hubo muchas cosas ricas, a pesar de que sólo asistieron a la fiesta ellos cuatro; Ella, Segunda, y. Lo que más les gustó a los cuatro es que escucharon jazz de Lionel Hampton mientras comían exquisitos sándwiches de mantequilla, con cebolla y clara de huevo, y recibieron una visita de Carlos Díaz, que les dio una charla.

Segunda, en viendo que los vecinos, que no estaban invitados, le habían hecho muchos regalos a su hermano (incluso hubo uno que le regaló una esponja), lloró amargamente porque también quería hacer la primera no comunión. Le dijo:

- Cállate, niña, que todavía no tienes edad.

Y se fue a hacer footing.

Cuando llegó de correr treinta kilómetros (pero en reserva), estaba tan cansado que se tumbó en el sofá a leer el horóscopo y a comer nueces.